



Portada: Albañiles, grabado de Eduardo Kingman

ÍCONOS

REVISTA DE FLACSO - ECUADOR

Nº 6. - Enero, 1999

Los artículos que se publican en la revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores, no reflejan necesariamente el pensamiento de ICONOS

DIRECTOR FLACSO-ECUADOR
ARQ. FERNANDO CARRIÓN

EDITOR ICONOS
FELIPE BURBANO DE LARA

CO-EDITOR ICONOS
SEBASTIÁN MANTILLA BACA

CONSEJO EDITORIAL

HANS ULRICH BUNGER
FERNANDO CARRIÓN
MARIA FERNANDA ESPINOSA
CORNELIO MARCHAN
FELIPE BURBANO DE LARA

PRODUCCION: FLACSO- ECUADOR
DISEÑO: K&T Editores Gráficos
IMPRESION: Edimpres S.A.

FLACSO ECUADOR

Dirección: Av. Ulpiano Páez
118 y Patria
Teléfonos: 232-029
232-030 / 232-031 / 232-032
Fax: 566-139
E-Mail: coords2@hoy.net

ICONOS agradece el auspicio de ILDIS y Fundación ESQUEL

INDICE

ACTUALIDAD

De la caridad al bono solidario
EDUARDO KINGMAN 3

Indisciplina y deslealtad en el Congreso
ANDRES MEJIA 13

Los dilemas de la diferencia
GIOCONDA HERRERA 22

HISTORIA Y CONFLICTO



¿La historia de límites o los límites de la historia?
ALICIA TORRES 29

La paz: una rectificación de equívocos
CARLOS VITERI 36

COMUNICACION Y CIUDADANIA

Ciudad, espacio público y comunicación
DORTE WOLLRAD 46

Ciudadanía: una cuestión de mediaciones
MARENA BRIONES 54

DIALOGOS



El Perú de Fujimori: entrevista a David Scott Pallmer
FELIPE BURBANO 61

FRONTERAS

Vuelve la crisis económica y de paradigmas
LUIS FIERRO 70

Los contrastes de Amartya Sen
MARK SAINT-UPERY 79

Pinochet: Más temprano que tarde
ANIBAL QUIJANO 92

ENSAYO



Fragmentos, rupturas, traiciones
JAVIER PONCE C. 101

RESEÑAS

Reseñas bibliográficas:
- Ciudadanía multicultural
- Emancipación y diferencia
- Creer que se cree
- Los fines de la historia
- La sociedad sin hombres
- Socialismo para escépticos
111



Ciudad, espacio público y comunicación

En la medida en que el poder de decisión parece perderse en un complejo entorno internacional globalizador, la búsqueda de participación e identidad se concentra cada vez más en el ámbito de lo local

Dörte Wollrad
Ex investigadora de ILDIS

Introducción

El debate sobre las medidas económicas en la radio; el Pichincha detrás del aviso publicitario gigantesco de Coca Cola; los pitos agresivos de los conductores aproximándose a un congestionado redondel; el vendedor de mentas y chicles en el primer semáforo de la esquina; los chicos que limpian los parabrisas en la siguiente esquina; el hueco en la 12 de Octubre donde robaron la tapa del alcantarillado. . .

Atravieso la ciudad, voy de mi hogar a mi trabajo todos los días, como lo hacen miles de habitantes de Quito, en carro, bus, trole, caminando, desde el sur, desde el norte, del sur al norte, bajando laderas o subiendo del valle. Aunque vivimos en la misma ciudad, la conocemos en partes, la habitamos y percibimos de maneras muy distintas.

Hoy el 76% de la población latinoamericana, es decir, más de 300 millones de personas viven en urbes, y para el año 2000, América Latina será el continente de mayor población urbana en el mundo.

Este rápido y persistente proceso de urbanización genera cambios sociales, la concentración de culturas heterogéneas en espacios densos, nuevas formas de comportamiento e interacción, miedos tanto como oportunidades. La ciudad como *modus vivendi* es tanto un reto como una amenaza, tanto fascinación como riesgo. Si la disfrutamos o la sufrimos, si la analizamos o la gobernamos, la ciudad como reflejo condensado de la sociedad, nos provoca e inquieta permanente y directamente.

Probablemente por eso, el tema de su análisis

convoca de una manera masiva y multidisciplinaria, como se constató en el seminario internacional "Ciudad, Comunicación y Construcción de Ciudadanía", realizado del 7 al 9 de septiembre del presente año en Quito. El objetivo que FLACSO y la Fundación Ebert, como organizadores, se plantearon, fue acercarse al tema de la comunicación a partir de la dinámica de la ciudad con sus habitantes y actores (gobierno local, medios de comunicación, ciudadanía), y desde reflexiones teóricas tanto como experiencias y casos concretos. Gracias a las contribuciones de los ponentes internacionales, de los comentaristas nacionales y de la reunión plenaria, el seminario concluyó con una serie de propuestas y preguntas que abren camino a futuras investigaciones e intercambios.

Entendiendo el seminario, por lo tanto, como el punto de partida de un proceso de debate académico y político. Este artículo no se plantea resumir las investigaciones presentadas en el evento. Al contrario, intenta, desde ellas, señalar los ejes de la discusión, marcando las disensiones y preguntas abiertas que nos llevarán a un diálogo continuo sobre los nuevos fenómenos de la sociedad urbana. Los cuatro ejes del debate son la ciudad, la ciudadanía, el espacio público y la comunicación.

Ciudad

En el marco de los procesos de globalización y descentralización del poder político, el Estado está



perdiendo gran parte de su importancia como referente de las reindivnicaciones sociales, de las identidades y de los sentidos de pertenencia. En la medida en que el poder de decisión parece perderse en un complejo entorno internacional globalizador, la búsqueda de participación e identidad se concentra cada vez más en el ámbito de lo local. En consecuencia, la municipalidad, como unidad política más cercana, se está convirtiendo en el eje de las relaciones y reindivnicaciones sociales y políticas.

Partiendo de la polis griega, es decir, del concepto político de la ciudad, Mabel Piccini la define por su "desterritorialización", en tanto metáfora de la modernidad. La movilidad social y geográfica, y la concentración de una inmensa diversidad socio-cultural en las mega-ciudades, provocó la desafiliación de sus habitantes de los territorios y redes sociales tradicionales. Desubicadas entre la localidad y la aldea global, las ciudades se transformaron en no-ciudades, espacios del anonimato. El espacio público implicado en el concepto de polis, se pierde en el conjunto de no-lugares.

Esta visión de la muerte de la ciudad como cuna de la política, contrasta con interpretaciones que parten del hecho de que no existen ciudades abstractas. En su comentario, Marena Briones ofreció la definición de la ciudad como el escenario de relaciones sociales y, al mismo tiempo, como su pro-



ducto; por tanto, refleja las estructuras y problemas de la sociedad. Se autoconstruye y cambia permanentemente según dichas relaciones sociales. En la misma línea, Fernando Carrión propuso analizar la ciudad en su función como medio de comunicación, el pulso que nos habla del cambio social. Al lograr sintonizarse con ella, la ciudad podría servir como medio de comunicación entre el gobierno local y los habitantes. Para poder captar el mensaje del medio "ciudad" acerca del cambio social, hay que analizar los actores y sus nuevas formas de habitar la ciudad moderna.

Ciudadanía

Con la crisis de los agentes tradicionales de socialización, es decir, la iglesia, la escuela y la familia; de las formas tradicionales de representación (partidos políticos, sindicatos, etc.), movilización

social y relación territorial de los sujetos, aparecieron nuevas formas de interacción y afiliación social, menos duraderas, más puntuales, múltiples y desterritorializadas. La noción del ser colectivo se reemplaza gradualmente por un concepto del sujeto individual y flexible que circula por redes espontáneas y minoritarias, deslocalizándose psicológica y socialmente de manera permanente (Piccini). Sus identidades múltiples le llevan a formar tribus aisladas con culturas propias. Se fragmenta la colectividad.

Lo descrito hasta aquí nos lleva a dos preguntas: ¿Cómo valoramos la heterogeneidad de los sujetos urbanos? ¿Y cómo se define el concepto de ciudadano en este nuevo contexto? Por un lado, la heterogeneidad cultural acumulada en las urbes se puede valorar como un proceso innovador de gran potencial creativo: aunque formas tradicionales de afiliación e interacción social desaparecen, no se abre un vacío que produce caos. Los sujetos entran más bien en otras formas de interacción, tejiendo nuevas redes y solidaridades y articulándose por otros medios. El reto consiste en acompañar este proceso y apreciar las culturas múltiples – aunque fragmentadas – como riqueza urbana.

Esta celebración de la multiculturalidad (propuesta sobre todo por Shanti Pallai en su comentario), contrasta con una visión más pesimista que pone énfasis en la inseguridad, tanto por la falta de referentes tradicionales como por la violencia urbana (posición mantenida por Piccini). Según ella, la segregación de la ciudad y el nomadismo de sus sujetos plantea el exilio como estilo de vida, produciendo culturas frágiles e individuos adaptados al miedo. Estos individuos forman grupos restringidos y excluyentes, que les convierte en extranjeros y marginales frente al otro.

Mientras la celebración de la multiculturalidad corre el riesgo de glorificar la heterogeneidad y negar sus potenciales elementos de explosión social, la percepción de la realidad como caos nos puede impedir un análisis constructivo del cambio y de las soluciones que podría presentarse. Si bien es cierto que no hay heterogeneidad sin conflicto (Carlos Viteri en su comentario), como muestran las múltiples manifestaciones de intolerancia (tanto tradicionales como nuevas) que presenciamos dia-

riamente en las urbes, el problema no está tanto en la apreciación que nosotros podemos tener de la heterogeneidad, sino en el nivel de tolerancia actualmente presente en nuestras sociedades y la posibilidad de generarla en función de manejar la conflictividad social y cultural en las ciudades. Porque tanto celebrar como rechazar "al otro" significa negarse a una interacción cuyo requisito sería una reflexión acerca de la posición y perspectiva subjetiva desde la cual nos acercamos a la diversidad.

Queda como problema abierto la definición de ciudadanía. Si Carrión afirma que sin ciudadanía no hay ciudad, y Rosa María Alfaro constata que sin colectividad no hay ciudadanía, la fragmentación e individualización en la sociedad urbana pone en duda la posibilidad de que se construya ciudadanía en las urbes. ¿Pero ciudadanía en qué sentido? En el debate, el término surge tanto en su sentido político -como individuo con derechos y deberes, que se sujeta y pertenece de forma

igualitaria a un estado-, como en su sentido administrativo (usuario) y su noción económica como consumidor (Carrión). Como Alfaro señala, el sentido de pertenencia a una nación fue reemplazado por la identificación con una localidad que puede ser tanto el barrio como una comunidad virtual. Pero ni el ciudadano vecino ni el ciudadano global son suficientes para construir ciudadanía. Concepto clave del discurso político de ciudadanía es la igualdad, y como nadie (ni el Estado ni el Municipio) quieren o pueden encargarse de las desigualdades que ciudadanos conscientes podrían reclamar, el sujeto político fue reemplazado por el usuario o cliente de servicios públicos. Y en la medida en que la misma ciudad se convierte en mer-

La segregación de la ciudad y el nomadismo de sus sujetos, plantea el exilio como estilo de vida, produciendo culturas frágiles e individuos adaptados al miedo

cancia – como argumentó Fernanda Sánchez en el caso del city marketing – el usuario se convierte en consumidor de la ciudad y sus servicios. Así se evidenció en el debate la gradual despolitización del discurso sobre ciudadanía, desde un ciudadano (imaginario) activo y parte de un colectivo igualitario en sus derechos, a un consumidor/espectador (de igual manera imaginario) pasivo e igual apenas según su poder adquisitivo. Como causa y/o efecto de la despolitización del concepto de ciudadanía, también cambió radicalmente la idea del espacio público.

Espacio público

Democracia – afirma Alfaro – es el poder en público. El espacio público puede ser entendido, por lo tanto, como la esfera social en donde los distintos intereses sociales miden, negocian y concertan sus fuerzas entre sí y ante el poder. Allí se define y decide la agenda política.

La ya mencionada crisis de la representatividad política y el distanciamiento de las instituciones políticas, crearon un vacío en la mediación entre los ciudadanos y el poder que fue llenado por los medios de comunicación, los nuevos mediadores que nadie eligió, que no son representativos pero que gozan de una tremenda credibilidad en la población. Su tarea informativa se amplió a una noción de abogacía e interactividad: Vía teléfono, fax e internet el ciudadano puede participar en encuestas o presentar sus quejas al político en la pantalla y de esta manera sentirse parte del debate y del poder público.

Los medios construyen el escenario de un diálogo imaginario-mediático entre el público y el poder, privatizando e individualizando el espacio

El espacio público puede ser entendido como la esfera social en donde los distintos intereses sociales se miden, negocian y concertan sus fuerzas entre sí y ante el poder

público. Este "servicio a domicilio" con que nos entregan el debate y supuestas posibilidades de participación desde el hogar, reduce la necesidad de información e intercambios en la calle o la plaza, en el mercado o los bares del barrio. Al mismo tiempo, los medios –con un enfoque mayoritariamente sensacionalista – nos presentan un imaginario urbano de alta inseguridad y violencia. Aunque

es cierto que los medios no nos dicen qué pensar, sino sobre qué pensar, su impacto en la percepción individualizada del entorno en que vivimos es indiscutible. Sobre todo en cuanto a la televisión, se puede decir que lo que pasa por la pantalla pasa por ser real. Y si los miedos acrecientan la importancia de los medios (Alfaro cita a Martín Barbero), las posibilidades de habitar el entorno que nos ofrece la ciudad, refuerzan los miedos. La segregación

espacial de la ciudad, los condominios/fortalezas, los centros comerciales de alta vigilancia y las autopistas reemplazan los puntos de encuentro por puntos entre los cuales circulamos, puntos de desencuentro que ofrecen un anonimato que sugiere seguridad. Esta pulverización del espacio público, la inflexión del espacio y tiempo urbano (Piccini) nos lleva nuevamente a preguntas abiertas: Si el espacio público está desapareciendo y a la vez lo público se autoconstruye (Armando Silva cita a Habermas), ¿cómo y en qué lugar se articula la ciudadanía? ¿Cuáles son las nuevas – aunque fragmentadas – formas y medios de articulación? Si lo público sigue autoconstruyéndose pero bajo nuevos paradigmas y en nuevas redes, hay que refinar el instrumentario metodológico para su análisis. Aquí se evidencia la importancia de la comunicación como instrumento y producto del cambio social.

Comunicación

Comunicación no es la entrega mediática de información, la vía jerárquica del emisor al receptor que muchos siguen entendiendo por el término. Comunicación es el conjunto de relaciones sociales y su producto, como Briones afirma en su comentario. Y es un instrumento en el manejo de estas relaciones que puede implicar las más distintas intenciones: La ya mencionada intención difusionista que es la disociación de la información del



proceso comunicacional y la mera negación del otro; la propagandística que –como en el caso del city marketing y más frecuentemente en los esfuerzos comunicacionales por parte de partidos políticos – apunta a la manipulación; y la relacional que promueve el diálogo y, por ende, el empoderamiento de los distintos actores sociales frente a la negociación de sus intereses (Alfaro).

Mientras los modelos difusionistas y propagandistas no preveen ni permiten una contestación, un proceso de doble vía, el relacional entiende la comunicación como un proceso circular.

Frente a la fragmentación del potencial ciudadano y la pulverización del espacio público, conviene reflexionar sobre la medida en que las estrategias adoptadas por los medios masivos de comunicación, el gobierno local y los mismos actores sociales están actualmente contribuyendo o podrían contribuir en un futuro a la recuperación de la ciudad y sus espacios públicos. Como prueba Alfaro, la radio y la televisión, y en ciertas franjas sociales la prensa escrita, se convirtieron en la fuente más importante de información sobre lo que pasa en la ciudad. Y sin querer subestimar la capacidad con que individuos y grupos negocian el mensaje mediático, se puede decir que los medios tienen gran

parte del poder definitorio de lo real. Pero si lo real se compone de un sin número de imaginarios, hay que preguntarse si los medios reflejan y quieren reflejar esta pluralidad multicultural urbana. ¿Qué subculturas minoritarias acceden al medio gobernado por los ratings y ventas? ¿Qué y cuántos actores habitan el espacio público puesto en escena por los medios? ¿Cuántos habitantes de la ciudad acceden a la interacción mediática vía teléfono, fax o internet? ¿Qué procesos de exclusión e inclusión refuerzan los imaginarios mediático? La posibilidad de interacción con los medios de hecho está tecnológicamente limitada.



Sin embargo, la negación "del otro" en un trabajo difusionista es un

problema criticado por algunos medios y muchos periodistas.

Una concientización

sobre la heterogeneidad y, más directamente, sobre la creciente desigualdad de las realidades urbanas y los impactos y conflictividad que la noción de la información podría generar en distintos grupos, ayudaría a construir un mosaico periodístico más completo de la ciudad. Seguramente, sería más constructivo con respecto a la formación de ciudadanía que los supuestos espacios de participación en los medios y más propositivo que contestatario.

Los gobiernos locales - ámbito político más cercano y perceptible - en cambio imitan, en muchos casos, estrategias nacionales de comunicación y optan por la propaganda como su instrumento de comunicación con los ciudadanos. Aunque eso se entiende en la perspectiva reducida de intereses electorales, el impacto ha sido más bien negativo: O el público detecta la intención manipuladora y rechaza el mensaje, o el público descansa pasivamente como espectador de tantas maravillas. Si es cierto - como señala Carrión - que únicamente un gobierno de cercanía, descentralizado y atento tiene el potencial de manejar la creciente heterogeneidad y conflictividad urbana, una política municipal de comunicación con estrategias relacionales se convierte necesariamente en la política clave del gobierno local.

Las experiencias planteadas por Antanas Mockus convencen en este sentido y muestran que la

caja de herramientas comunicacionales de la cual dispone el municipio es mucho más grande y variable que el spot o la cuña radial. Prueban, además, que dialogar y negociar con los distintos y opuestos intereses, y crear reglas vía códigos simbólicos comunes, baja efectivamente los índices de violencia e intolerancia urbana. Promover la recuperación de espacios públicos, negociar y establecer un equilibrio entre la sanción legal y la gratificación moral, y acordar y socializar reglas culturales acerca de la convivencia en la ciudad, son procesos comunicacionales que fortalecen la gobernabilidad local. Aunque ciertamente no hay que ilusionarse con el poder pacificador de estas medidas frente a la tremenda desigualdad social que se concentra en las ciudades, la comunicación relacional implica participación y empoderamiento y es, por lo tanto, parte de la solución.

Que no todos los ciudadanos son espectadores pasivos, sino negociadores activos de los mensajes comunicacionales, podemos constatar a diario en nuestras ciudades: Frente a municipalidades ajenas y medios masivos excluyentes, creció sobre todo en esta década la cultura grafiti, tanto como el número de radios y televisoras comunitarias, el teatro en la calle tanto como los miembros de grupos virtuales en el internet. El atractivo que logró la comunicación comunitaria apesar de tremendas desventajas en lo legal, económico y tecnológico frente a los medios masivos, refleja en gran medida la búsqueda de localidad del ciudadano global-vecino e indica a los municipios una posible alianza hacia el gobierno de cercanía.

Conclusiones

Un seminario que abre las cabezas para nuevas preguntas en vez de presentar certezas y que nos hace observar de otra forma cosas mil veces vistas en el camino a la casa es más que un ejercicio académico. Es una invitación a un proceso -por supuesto comunicacional - al cual este artículo quiere contribuir. Sin embargo, el debate me dejó con una gran inquietud. Analizando los procesos de cambio por los cuales están pasando las sociedades urbanas, podemos llegar tanto a celebrar la diversidad como asustarnos del caos. ¿Pero en base a qué? ¿Partiendo de qué percepción anterior de la ciudad? ¿Y mirando desde qué punto de vista subjetivo? Mi duda es si disponemos (ya o no todavía) de los instrumentos metodológicos para el análisis de las supuestas multiculturalidades. ¿No corremos el riesgo de partir exclusivamente de nuestro ima-

ginario de la ciudad (atravesándola desde el condominio, vía autopista, al centro comercial y viceversa) sin evidenciar satisfactoriamente el hecho que los imaginarios no dejaron de tener cara de clase? En la ciudad han existido y siguen existiendo colectivos o "tribus" que no fueron escogidos voluntariamente por sus "afiliados" y que tampoco son transitorios. Los negros del Chota, por ejemplo, que viven en Quito no se encuentran en un proceso permanente de deslocalización social. Es decir que el proceso de exclusión e inclusión siempre ha tenido un actor, una elite minoritaria que decide sobre los afiliados y exiliados. El mestizaje que se promovió en la ciudad de La Paz (Contreras) se choca, tarde o temprano, con el clasismo, sexismo, racismo y las demás discriminaciones e intolerancias que siguen existentes.

El análisis social se ha vuelto un tanto ahistórico, reflejando el mismo proceso de despolitización e individualización que criticamos. Si la ciudad es el escenario de relaciones sociales y producto de ellas, se encuentra permanentemente en una dinámica cambiante, actualmente ubicada entre la mundialización y la localización de las culturas. Que en esta dinámica se rompen tejidos sociales tradicionales y desaparecen las formas y lugares tradicionales de afiliación y articulación de distintos grupos sociales, me parece un hecho fuera de disputa. Lo nuevo que se está tejiendo y el cómo y

desde dónde lo apreciamos, me parece el punto difícil en este debate. Si los que antes eran ciudadanos (y eso bajo qué concepto) hoy son consumidores, le agradezco a Silva por la diferenciación que él abre entre el consumo y la compra.

Porque mientras todos tenemos que consumir en el sentido de – mal o bien – tratar de satisfacer necesidades, muy pocos en nuestras sociedades socialmente tan segregadas pueden vivir su pulsión y satisfacer sus deseos con la compra. La venta de fantasía que nos crea una demanda imaginaria (Silva), se dirige a los que transitamos la ciudad en el 4x4, que dejamos de frecuentar el mercado en el centro por razones de seguridad y que nos sentimos ciudadanos del mundo por

conectarnos al internet. Somos nosotros quienes investigamos la creciente heterogeneidad y conflictividad que produce la urbanización –y celebramos o nos asustamos frente a lo que constatamos. ¿Si los imaginarios urbanos son productos de nuestros entornos y de cómo los habitamos, qué impacto tiene el hecho de ser mujer, blanca, clase media alta con formación académica en mi percepción de la multiculturalidad o del autoexilio? Lo que propongo, por lo tanto, no es nada nuevo: el cambiante tejido social urbano sigue siendo "precortado" por conceptos de clase, "raza" y género que, por lo tanto, no pueden faltar como categorías analíticas en nuestras investigaciones.

El cambiante tejido social urbano sigue siendo "precortado" por conceptos de clase, raza y género que no pueden faltar como categorías analíticas en nuestras investigaciones